

Monografías de la Sociedad Española de Estudios Medievales

Nº 6

LA ENCRUCIJADA DE MURET



Monografías de la Sociedad
Española de Estudios Medievales
6
Serie Maior

LA ENCRUCIJADA DE MURET

SEVILLA
2015



Sociedad
Española de
Estudios
Medievales



Centro de Estudios Medievales
UNIVERSIDAD DE MURCIA



Título: La encrucijada de Muret

Monografías de la Sociedad Española de Estudios Medievales, 6
Serie Maior

Los estudio que componen esta monografía han sido evaluados y seleccionados por expertos a través del sistema de pares ciegos.

© De los textos: los autores

© De la edición: Sociedad Española de Estudio Medievales

Correo electrónico: info@medievalistas.es

Web: <http://medievalistas.es>

y

Archivos y Publicaciones Scriptorium, S.L.

Correo electrónico: info@aypscriptorium.com

Web: <http://aypscriptorium.com>

ISBN: 978-84-944621-0-8

Depósito Legal: SE 1607-2015

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime: Tecnographic, S.L.

ÍNDICE

<i>Diferencias interpretativas y problemas militares.</i>	
<i>La batalla de Muret en la historiografía contemporánea</i>	
Martín Alvira Cabrer	9
<i>Los hospitalarios y el destino del cuerpo de Pedro II después de Muret</i>	
Carlos Barquero Goñi	89
<i>El reino de Castilla y los territorios occitanos (1135-1254)</i>	
Carlos Estepa Díez	97
<i>“La crida de l’oració s’ha fet vol de campanes”.</i>	
<i>La colonització valenciana del segle XIII</i>	
Ferran Garcia-Oliver	119
<i>Muret, un hito en la sedentarización del catarismo en Cataluña</i>	
Carles Gascón Chopo	149
<i>Los judíos andalusíes y los almohades en vísperas de Muret:</i>	
<i>percepciones comparadas</i>	
Aurora González Artigao	163
<i>Muret y la consolidación de un frente disidente transpirenaico</i>	
Pilar Jiménez Sánchez	177
<i>Avant et après Muret: le Midi de la France au tournant du</i>	
<i>XIII^e siècle (1195-1222)</i>	
Laurent Macé	195
<i>De Bayona a Muret. Navarra y Occitania, una relación compleja</i>	
Fermín Miranda García	211
<i>La voz de los trovadores antes y después de la batalla de Muret</i>	
Anna M. Mussons Freixas	239

<i>Muret y Las Navas de Tolosa: ¿dos cruzadas desnaturalizadas?</i>	
Diego Rodríguez-Peña Sainz de la Maza	259
<i>Muret y las limitaciones del poder del papado</i>	
Damian Smith	275

MURET Y LAS NAVAS DE TOLOSA: ¿DOS CRUZADAS DESNATURALIZADAS?

Diego Rodríguez-Peña Sainz de la Maza*

El 13 de septiembre de 1213 tuvo lugar en Muret una batalla entre las fuerzas cruzadas, encabezadas por Simón de Montfort, y las tropas occitano-aragonesas, al mando de Pedro II el Católico. Esta batalla marcó un punto de inflexión en la Cruzada Albigense que promulgara Inocencio III cinco años antes, y supuso también el final del proyecto occitano para Aragón. Apenas un año antes, el 16 de julio de 1212, en Las Navas de Tolosa, los ejércitos cristianos de Castilla y Aragón, junto con tropas navarras, leonesas y ultramontanas, infligían una severa derrota a los almohades, aniquilando prácticamente su ejército y marcando el comienzo del fin de la dominación musulmana en el sur de la Península. Ambas campañas coinciden con lo que se ha llamado la “desnaturalización” del fenómeno cruzado¹, que se viene produciendo desde finales del siglo XII y cuyo máximo exponente sea posiblemente la Cuarta Cruzada. Nuestro objetivo en el presente trabajo es el estudio comparado de los aspectos cruzados que se dieron durante el origen y el desarrollo de estas dos campañas que condujeron por una vía o por otra al choque campal². En este momento la idea de cruzada experi-

* Universidad Autónoma de Madrid.

1. Carlos de AYALA MARTÍNEZ, *Las Cruzadas*, Madrid, Sílex, 2004, pp. 217-263 y 295-321.

2. No estudiaremos aquí las dos batallas, debido a la falta de espacio y a que ya disponemos de obras de referencia sobre el tema (véase Martín ALVIRA CABRER, *Guerra e ideología en la España medieval: cultura y actitudes históricas ante el giro de principios del siglo XIII. Batallas de las Navas de Tolosa (1212) y Muret (1213)*, Madrid, Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2000; Martín ALVIRA CABRER, *Muret 1213 - La batalla decisiva de la Cruzada contra los cátaros*, Barcelona, Ariel, 2008; Martín ALVIRA CABRER, *Las Navas de Tolosa 1212. Idea, liturgia y memoria de la batalla*, Madrid, Sílex, 2012; Francisco GARCÍA FITZ, *Las Navas de Tolosa*, Barcelona, Ariel, 2005, en adelante citado como *Las Navas de Tolosa*).

mentaba un cambio, aunque quizá no tanto en lo que respecta a sus orígenes y a su significado, pues no dejaba de ser, en teoría, una herramienta para la afirmación de la primacía del pontificado sobre los demás poderes de occidente³. Su definición como tal seguía dependiendo del papado; pero veremos que su recorrido y sus consecuencias pronto se desviaron del camino marcado por la Sede de Pedro.

1. EL PAPADO Y SU PROTAGONISMO EN TANTO QUE CAUSA Y ORIGEN DE LA CRUZADA

Inocencio III (1198-1215) no proclamó la cruzada contra los albigenses hasta 1208, tras el asesinato del legado papal Pedro de Castelnau en enero de ese mismo año, y en un principio iba encaminada contra el Conde de Tolouse, Raymond VI, acusado de confraternizar y proteger a los herejes cátaros y de instigar el asesinato del legado⁴. Pero lo cierto es que la idea de involucrar al poder secular en la lucha contra la herejía cátara en el Languedoc no databa de este año, sino que ya figuraba entre los planes del papa al menos desde 1204; y, por otra parte, no era el primer medio al que se recurría para combatirla. En efecto, con anterioridad, y casi desde el inicio de su pontificado, Inocencio III ya había tomado medidas para luchar contra el catarismo. Dichas medidas se tradujeron, por un lado, en el envío de legados papales al Languedoc con el fin de convertir a los herejes y de renovar la propia Iglesia de la región; y, por el otro, en la predicación, especialmente de cistercienses y dominicos, acompañados frecuentemente de obispos locales⁵. Consciente de las escasas posibilidades de éxito, el pontífice las acompañó con recurrentes llamadas a los poderes seculares (Felipe II Augusto de Francia y Pedro II el Católico de Aragón) en pro de

3. Luis GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, *Papado, Cruzadas y Órdenes Militares, siglos XI-XIII*, Madrid, Cátedra, 1995 (2^a ed. 2010).

4. Pierre des VAUX-DE-CERNAY, *Histoire Albigeoise*, ed. Pascal GUÉBIN y Henri MAISONNEUVE, París, Librairie Philosophique J. Vrin, 1951, pp. 25-27 (citado en adelante como PVC); Michel ROQUEBERT, *L'Épopée cathare Vol. 1: 1198-1212: L'invasion*, Toulouse, Privat, 1970 (citado de ahora en adelante como *L'Épopée I*), pp. 211-219. Sobre Inocencio III, véase Damian SMITH, *Innocent III and the Crown of Aragon. The Limits of Papal Authority*, Hampshire, Ashgate, 2004, especialmente p. 32. Otra interpretación muy interesante del impacto del asesinato del legado en Marco MESCHINI, “«Smoking sword»: le meurtre du légat Pierre de Castelnau et la première croisade albigeoise”, *La papauté et les Croisades Actes du VIIe Congrès de la Society for the Study of the Crusades and the Latin East*, Michel BALARD (ed.), París, Ashgate, 2011, pp. 67-75.

5. *Patrologiae Latinae*, ed. Joseph P. MINGE, París, 1844-1855, vol. 215, cols. 358-360, 360 y vol. 216, col. 178 (citado en adelante como PL); PVC, pp. 32-34; *L'Épopée I*, pp. 177-210; Monique ZERNER, “Le déclenchement de la Croisade albigeoise: retour sur l'affaire de paix et de foi”, *La Croisade Albigeoise - Colloque de Carcassonne*, Michel ROQUEBERT (presid.), Carcassonne, CEC, 2002, pp. 127-142.

una intervención en defensa de la verdadera fe, aunque sin gran éxito⁶. Por si esto fuera poco, en los cánones del III Concilio de Letrán en 1179 ya se mencionaba a los herejes de manera muy negativa, anatematizándolos y exhortando a los fieles a que se movilizasen contra ellos y recurriera a las armas⁷. No es difícil entender, en este contexto en el que los intentos de conversión por la predicación fracasaron y ante la desatención de las autoridades seculares, que Inocencio III proclamase la cruzada⁸.

Por el contrario la cruzada de Las Navas de Tolosa no tiene sus orígenes en el pontificado sino en los reyes cristianos de la Península, especialmente en Alfonso VIII de Castilla. Dicho rey, ante la ruptura de la tregua con los almohades en 1211 de resultas de la toma de Salvatierra, decidió concentrar todos los esfuerzos de su reino y de sus vecinos cristianos en la lucha contra el Islam. Sin duda la lucha entre cristianos y musulmanes en la Península Ibérica no era nada nuevo, puesto que el fenómeno de la “reconquista” llevaba ya siglos en marcha, propiciando el avance de los territorios cristianos cada vez más al sur, estabilizándose la situación tras la derrota cristiana en Alarcos (1195)⁹. Alfonso VIII,

6. Martín ALVIRA CABRER, *Pedro el Católico, Rey de Aragón y Conde de Barcelona (1196-1213) Documentos, testimonios y memoria histórica* (7 tomos), Fuentes históricas aragonesas, Zaragoza, Institución “Fernando el Católico” (CSIC), Diputación de Zaragoza, 2010, especialmente los tomos II y III; sobre Felipe Augusto y sus motivos, véase PVC [72] pp. 34-35 y Martín ALVIRA CABRER, *Guerra e ideología*, p. 703). Véase asimismo Martín ALVIRA CABRER, *Muret 1213*, pp. 29-34 y pp. 77-79; Elaine GRAHAM-LEIGH, *The Southern French Nobility and the Albigensian Crusade*, Londres, The Boydell Press, 2005, pp. 46-48; *L'épopée I*, pp. 223-226.

7. Alain DEMURGER, *Cruzadas - Una historia de la guerra medieval*, Barcelona, Orígenes Paidós, 2009, p. 137; Monique ZERNER, “Le déclenchement de la Croisade...”, pp. 131-132.

8. No es nuestra intención entrar aquí en un debate historiográfico acerca de qué fue y qué no fue una cruzada. Sin duda, el hecho de que el propio papa la concibiera en su momento como tal, y el hecho de que las fuentes hablen de *crucesignatus* y de *peregrinos*, además del contenido religioso del conflicto, parecen indicar que en su momento, la Cruzada albigense fue tenida como tal (PVC [64] p. 31, [61] p. 29 y [73] p. 35). De hecho, Inocencio III ya había prometido en 1207 la remisión de los pecados a quienes combatiesen a los herejes (PL 215, cols. 1.246-1.247). La proclamación de la cruzada también aparece en PL 215, cols. 1.354-1.355, 1.358-1.362, 1.545-1.546 y la protección de los bienes de los cruzados, en PL 215, col. 1.469 y 1.546. Subrayamos la interpretación del fenómeno realizada por Luis GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, *Papado, Cruzadas y Órdenes Militares*, especialmente pp. 239-246.

9. Acerca de la toma del castillo y de la campaña almohade de 1211, véase Rodrigo JIMÉNEZ DE RADA, *Historia de los Hechos de España*, ed. Juan FERNÁNDEZ VALVERDE, Madrid, Alianza Universidad, 1989, VII/[XXXV] pp. 304-305 (citado en adelante como HHE); *Primera Crónica General de España*, Alfonso X rey de Castilla, ed. Ramón MENÉNDEZ PIDAL, 2 vols., Madrid, Gredos, 1977, [1008] pp. 686-687; Martín ALVIRA CABRER, *Guerra e ideología*, pp. 177-179; y Ambrosio HUICI MIRANDA, *Las grandes batallas de la Reconquista*, Madrid, Instituto de Estudios Africanos (CSIC), 1956, pp. 231-241. Sobre la Reconquista veáse Francisco GARCÍA FITZ, *La Reconquista*, Granada, Universidad de Granada, 2010; Joseph F. O’CALLAGHAN, *Reconquest and Crusade in Medieval Spain*, Pennsylvania, University of Pennsylvania Press, 2003, especialmente pp. 7-14.

consciente de los errores pasados, se aseguró la participación del rey aragonés, Pedro II, y solicitó asimismo el apoyo pontificio.

La respuesta de la Sede Apostólica fue la proclamación de la cruzada, decretando el perdón de los pecados para todos aquellos que se decidiesen a participar¹⁰. Pero, como venía ocurriendo desde hacía siglos, la iniciativa de hacer la guerra a los musulmanes no provenía del papa, sino de los propios reyes cristianos, aunque éstos habían tenido apoyo papal en diversas ocasiones¹¹. Las Navas fue una de estas ocasiones, aunque en ningún momento el pontífice pretendió liderar la misión. Por esto, la cruzada de 1212 supuso la hispanización del espíritu cruzado y sirvió asimismo para reforzar el poder regio¹².

2. OBJETIVOS: CÁTAROS Y MUSULMANES, DOMINIO POLÍTICO Y CHOQUE CAMPAL

¿Fue realmente la herejía el motivo de la Cruzada albigeense? El catarismo tenía una presencia desigual en el Languedoc en estas fechas¹³. Sin embargo, los objetivos de Montfort y los suyos no siempre coincidieron con los grandes centros heréticos y, en general, tendieron a seguir motivos de índole política y estratégica antes que la lucha contra la herejía¹⁴. En suma, parece que la cruzada en sus inicios tenía más motivaciones políticas que religiosas, hecho que responde a diversas causas, entre ellas la voluntad de Inocencio III por imponer una paz duradera en el Midi y por subordinar a la rebelde Iglesia occitana, inscribiéndose sendos objetivos en el proyecto teocrático pontificio, que requería de una subordinación espiritual como antesala a su primacía feudal¹⁵. Aún así no hay que olvidar que en la época la cruzada se concibió como *negotium fidei*

10. PL 216, col. 353; Manuel G. LÓPEZ PAYER y M^a. Dolores ROSADO LLAMAS, *Las Navas de Tolosa. La batalla*, Madrid, Almena, 2002 (citado de ahora en adelante como *La batalla*), pp. 66-72, especialmente p. 69.

11. Alain DEMURGER, *Cruzadas*, pp. 125-130.

12. Carlos de AYALA MARTÍNEZ, *Las Cruzadas*, pp. 312-315; Joseph F. O'CALLAGHAN, *Reconquest and Crusade*, pp. 20-21; Alain DEMURGER, *Cruzadas*, p. 129; Francisco GARCÍA FITZ, *La Reconquista*, pp. 97-124; Martín ALVIRA CABRER, *Las Navas de Tolosa*, pp. 92-96.

13. Martín ALVIRA CABRER, *Guerra e ideología*, pp. 713-714, subraya que la implantación del catarismo no fue “tan homogénea y poderosa como hicieron creer sus enemigos católicos”.

14. Elaine GRAHAM-LEIGH, *The Southern French Nobility*, pp. 58-59; ZERNER, Monique, “Le déclenchement de la Croisade...”, p. 142: “le rôle de l'hérésie dans le déclenchement de la Croisade doit être minimisé, et même l'importance de l'hérésie tout court, qui ne suffisait pas à justifier un recours aux armes [...] La Croisade albigeoise a été déclenchée pour des raisons plus politiques que religieuses” (p. 142).

15. Pilar JIMÉNEZ SÁNCHEZ, “Le catharisme fut-il le véritable enjeu de la croisade?”, *La Croisade Albigeoise - Colloque de Carcassonne*, Michel ROQUEBERT (presid.), Carcassonne, CEC, 2002, pp. 143-155, especialmente p. 155. La autora afirma que “la cause de la foi apparaît uniquement comme argument apportant toute sa légitimité à l'affaire de paix mais ne la devançant jamais”. Véase también Martín ALVIRA CABRER, *Guerra e ideología*, pp. 717-719; Luis GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, *Papado, Cruzadas y Órdenes Militares*, pp. 243-256.

et pacis, en el que la paz y la fe aparecían muy ligadas¹⁶. Y es que mantener una presencia norteña y católica en los territorios del Midi, ya rondaba la mente de Inocencio III cuando había llamado a la cruzada¹⁷. Pero para eso, en un tiempo en el que el espacio se articulaba mediante las ciudades y las fortalezas¹⁸, era necesario controlar las ciudades y los *castra*¹⁹. Hubo por supuesto motivos más inmediatos de índole estratégica: la necesidad de establecer una base de operaciones, además de disponer de un cierto número de territorios con los que compensar a los cruzados²⁰. Por tanto, y más aún si hablamos de una empresa como esta, que desplazó a un gran número de gentes a unas tierras hostiles, se hacía necesaria la existencia de bases donde guarecerse y desde donde podían partir operaciones militares²¹. Hay que tener en cuenta también las motivaciones de tipo económico y social para justificar la movilización que supuso esta empresa, siendo difícil explicarla únicamente por la fe²².

No es extraño que con estas perspectivas en mente, el objetivo inicial de Inocencio III fuera el conde de Tolosa, debido a las pésimas relaciones que mantenía con la Iglesia, y a que era sospechoso de dar protección a los herejes²³. Pero en junio de 1209 el conde de Tolosa se unió a la cruzada, con lo que sus dominios pasaban a estar fuera del alcance del ejército invasor²⁴. La aceptación de la toma de la cruz por parte del pontífice muestra que concebía la cruzada como un vehículo para forzar la cooperación de los poderes locales en la lucha

16. Pilar JIMÉNEZ SÁNCHEZ, “Le catharisme fut-il le véritable enjeu... ?”, pp. 143-155. De hecho, la propia movilización vio la intervención de grandes nobles que no se quedaron en el Midi y que rechazaron los territorios de Trencavel cuando les fueron ofrecidos, prueba al menos de que no les movía la codicia de tierras (pero sí posiblemente el prestigio que otorgaba la participación en la cruzada). Asimismo, sería descabellado negar que Simón de Montfort actuaba movido principalmente por la fe.

17. PVC [64] p. 32: “Efforcez-vous [los cruzados] de pacifier ces populations [...] Chassez-le [el Conde de Toulouse], lui et ses complices, des tentes du Seigneur. Dépouillez-les de leurs terres afin que des habitants catholiques y soient substitués aux hérétiques éliminés”. Sobre el tema de la colonización asociada a la cruzada, véase Alain Démurger, *Cruzadas*, pp. 171-175.

18. Georges DUBY, *Le Moyen-Âge: de Hugues Capet a Jeanne d'Arc*, París, Pluriel Hachette, 1987 (edición de 2010), p. 369.

19. Francisco GARCÍA FITZ, *Ejércitos y actividades guerreras en la Edad Media europea*, Madrid, Arco Libros, 1998, p. 49.

20. Elaine GRAHAM-LEIGH, *The Southern French Nobility*, p. 45; PVC [94] p. 43; *L'Épopée I*, pp. 268-269 y 271.

21. Francisco GARCÍA FITZ, *Ejércitos y actividades guerreras*, p. 50; CONTAMINE, Philippe, *La guerra en la Edad Media*, Madrid, Editorial Labor, 1984, pp. 127-128.

22. André VARAGNAC, “Crosisade et marchandise. Pourquoi Simon de Montfort s'en alla défaire les albigeois”, *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, 3 (1946), pp. 209-218.

23. PL 215, cols. 1.166-1.168; PVC p. 26, nota 1; *L'Épopée I*, pp. 139, 201.

24. PVC [80] p. 37; Alain DEMURGER, *Cruzadas*, pp. 111-113.

contra el catarismo, y para subordinarlos fielmente a la primacía apostólica²⁵. Los territorios de Trencavel eran los únicos “disponibles” para la conquista; y además le permitían a Raymond VI eliminar a un vasallo problemático²⁶. Esto es sólo una muestra de la compleja y violenta situación que reinaba en el Midi. La cruzada no fue, pues, una *invasión del norte*; se integró en una dinámica bélica característica para convertirse en una *guerra civil*²⁷.

La campaña de Las Navas, por su parte, se inscribe en una serie de realidades propias tanto de la “reconquista” como del momento: socio-económicas, geopolíticas, militares e ideológico-mentales. Éstas últimas son vitales, ya que el siglo XII supone la maduración de la ideología de la guerra santa en la Península, junto con la africanización de Al-Ándalus; aunque no puede tampoco en este caso justificarse la cruzada únicamente por móviles religiosos. Junto con todas estas circunstancias, aquéllas particulares de los reinos hispánicos (desplazamiento hacia el sur de la frontera, desastre de Alarcos...) tuvieron su influencia²⁸.

El objetivo perseguido en la cruzada de Las Navas de Tolosa era radicalmente distinto al de la cruzada albigense. El choque entre cristianos y musulmanes fue buscado por parte de Alfonso VIII desde el principio de la campaña, ya que era una manera de dirimir el conflicto con los almohades de una forma rápida y directa, aunque con grandes riesgos para ambos contendientes²⁹. Hasta donde conocemos, nunca antes una expedición se había organizado con la única meta de destruir en campo abierto a los adversarios³⁰. Con todo, para entablar

25. PVC [64] p. 32; Luis GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, *Papado, Cruzadas y Órdenes Militares*, pp. 253-255; Elaine GRAHAM-LEIGH, *The Southern French Nobility*, p. 50.

26. Lawrence W. MARVIN, *The Occitan War - A Military and Political History of the Albigensian Crusade, 1209-1218*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008 (de ahora en adelante citado como *The Occitan War*), p. 38; Elaine GRAHAM-LEIGH, *The Southern French Nobility*, pp. 50-51 y 55; *L'Épopée I*, p. 246. *L'Épopée I*, p. 246. La aceptación de la rendición de Trencavel por parte de los legados habría supuesto la paralización de la cruzada, porque no habría habido compensaciones para los cruzados, como ya se ha dicho, por no hablar además de que la gran cantidad de peregrinos pertenecientes a las clases bajas desplazados hasta allí habrían supuesto un grave inconveniente.

27. Martín ALVIRA CABRER, *Muret 1213*, pp. 13-14, 37; GRAU TORRAS, Sergi, *Cátaros e Inquisición en los reinos hispánicos (siglos XII-XIV)*, Madrid, Cátedra, 2012, pp. 236-237.

28. Francisco GARCÍA FITZ, *La Reconquista*, especialmente p. 67; Martín ALVIRA CABRER, *Guerra e ideología*, pp. 107-112. No hace falta recordar que la “Reconquista” fue una muy útil herramienta en la afirmación del poder de los monarcas hispanos que les permitió gozar de un poder sobre sus súbditos y de una serie de beneficios (materiales y espirituales) de los que no gozaban otros monarcas europeos.

29. *Las Navas de Tolosa*, pp. 82-83. Recordemos que el choque de Muret en 1213 no fue consecuencia de una firme intención de llegar a la batalla campal, sino de una concatenación de factores más o menos imprevisibles (Martín ALVIRA CABRER, *Muret 1213*, pp. 53-120).

30. HHE VII/[XXXVI], p. 305; *Crónica Latina de los Reyes de Castilla*, ed. Luís CHARLO BREA, Cádiz, Akal, 1984, [22] p. 50 (citado en adelante como CLRC); PL 216, col. 513-514; Demetrio MANSILLA REOLLO (ed.), *La documentación pontificia hasta Inocencio III (956-1216)*, Roma, Instituto Español de

la batalla campal se hacía necesario llegar hasta donde se encontraba el ejército enemigo. Ello requería adentrarse en territorio hostil, y, aunque no era el objetivo primordial de la campaña el control del territorio, sí que era imprescindible garantizarse una vía de escape, mediante la toma de las fortalezas que jalonaban el camino de Toledo a Sierra Morena³¹. El dominio de estas plazas, de enorme trascendencia estratégica, se enmarcó en una campaña de incursión y de asedios del estilo de las desarrolladas en otras muchas ocasiones, ajenas al concepto de aproximación directa al enemigo³².

3. LOS CRUZADOS: TIPOLOGÍA, ORÍGENES Y EFECTIVOS

En ambas campañas hubo ciertas similitudes entre las tropas cristianas ultramontanas. Tanto los cruzados del Languedoc como los que vinieron desde allende los Pirineos hasta Toledo presentaban rasgos comunes, tanto en la tipología de las tropas y del armamento como en sus orígenes sociales y geográficos. Ambos grupos de combatientes, en especial los que fueron al sur de Francia, contaban con una notable presencia nobiliaria, que incluía a las clientelas feudo-vasalláticas³³. Dichos nobles eran vasallos del rey de Francia, pero éste no intervino directamente, como hemos señalado. En el caso de Las Navas, hay que añadir a estas tropas las *mesnadas reales*, puesto que en esa campaña el protagonismo fue claramente de los reyes y en especial de Alfonso VIII³⁴. Las Órdenes Militares, que sin embargo no hallamos en el Midi, fueron también convocadas por el Rey³⁵. No hay que olvidar que, aunque fueran una parte vital del ejérci-

Historia Eclesiástica, 1955, [468] pp. 497-498; [470] pp. 500-501; *Las Navas de Tolosa*, pp. 86-88; Martín ALVIRA CABRER, *Guerra e ideología*, pp. 259-260.

31. El itinerario resumido puede hallarse en Mauricio PÉREZ GONZÁLEZ, “Sobre la edición de textos latinos medievales: la carta de Alfonso VIII”, *Veleia*, 17 (2000), pp. 231-266 (especialmente pp. 254-257 y 261-264), citado a partir de ahora como *Carta de Alfonso VIII*, pp. 261-262, y mucho más detallado en la HHE, VIII/[V] y [VI], pp. 312-315; asimismo, un mapa con el camino seguido por los cruzados está en *La batalla*, p. 85.

32. *Las Navas de Tolosa*, p. 76.

33. *The Occitan War*, pp. 13-14; Martín ALVIRA CABRER, *Muret 1213*, Apéndice 2, pp. 279-281; Martín ALVIRA CABRER, “Aspects militaires de la Croisade des Albigeois”, *Au temps de la Croisade. Sociétés et pouvoirs en Languedoc au XIIIe siècle*, Actes des conférences et tables rondes tenues dans l’Aude, VV.AA., Carcassonne, Archives Départementales de l’Aude, 2010, pp. 60-62. Este autor ha destacado la presencia de grandes nobles en los orígenes de la cruzada, prueba de que su motivación sería sustancialmente religiosa, ya que no requerirían de más tierras donde expandir sus dominios. Opinamos sin embargo que, sin restarle su importancia al factor religioso, otras motivaciones (prestigio, cierta “presión” social...) movían a involucrarse en la cruzada. Sobre las Navas véase *Las Navas de Tolosa*, pp. 202-210; sobre las clientelas nobiliarias, Philippe CONTAMINE, *La guerra en la Edad Media*, pp. 98-113.

34. *Las Navas de Tolosa*, pp. 184-186; HHE VII/[III], p. 309.

35. HHE VIII/[III], p. 310 cita a las Órdenes del Temple, el Hospital, Calatrava y Santiago; *Las Navas de Tolosa*, pp. 188-189; Carlos VARA THORBECK, *El lunes de Las Navas*, Jaén, Universidad de Jaén, 1999, pp. 173-185.

to, los soldados montados eran una minoría. La gran mayoría de tropas iban a pie y de entre ellas destacaban especialmente dos grupos: los combatientes más humildes, designados como *ribauds*³⁶, y las milicias urbanas, mucho más presentes en el ámbito peninsular³⁷. Los orígenes sociales y geográficos de las tropas cruzadas en ambos casos eran diversos. Hemos mencionado ya la amplia presencia nobiliaria, que fue secular y eclesiástica, entre los ultramontanos, que también se daba entre las tropas peninsulares³⁸. En lo concerniente a la geografía, los combatientes acudieron de todas partes del *Regnum Francorum*, tanto a una como a otra cruzada, así como del Imperio y del norte de Italia en el caso occitano³⁹. En Las Navas, a la ayuda ultramontana se sumaron las tropas aragonesas y navarras, al mando de sus respectivos monarcas, así como caballeros portugueses y posiblemente algún que otro leonés⁴⁰.

Teniendo en cuenta que las estimaciones cronísticas medievales de las cifras de los ejércitos son casi siempre muy exageradas, resulta siempre delicado aventurar algunas estimaciones sobre los ejércitos que se enfrentaron en ambas campañas. Se está de acuerdo en que el tamaño del ejército reunido para la cruzada albigense en 1209 era de una talla inusual y, parece juicioso decantarse por una cifra situada entre los 20.000 y los 30.000 hombres, quizás incluso de un tamaño menor, con 5.000 jinetes y entre 10.000 y 15.000 peones⁴¹. Para el caso de Las Navas de Tolosa, también se trataba de un ejército de gran tamaño, quizás uno de los más grandes que se habían juntado hasta la fecha. Así pues, habría reunidos para la campaña de Las Navas de Tolosa un ejército de unos 4.000 ca-

36. *The Occitan War*, pp. 34-35, 42 y PVC [90] p. 41.

37. HHE VIII/[III], pp. 309-310; *Crónica de Veinte Reyes*, ed. César HERNÁNDEZ ALONSO, Burgos, Ayuntamiento de Burgos, 1991, XIII/[32], p. 284; *Las Navas de Tolosa*, pp. 211-218. En el caso de la Cruzada albigense, véase por ejemplo PVC [151] p. 64 y [220] p. 91 y Martín ALVIRA CABRER, “Aspects militaires...”, p. 63.

38. Para la Cruzada albigense, véase PVC [82] p. 39, nota 1; [90] p. 41 y [218] p. 90; Guillermo de TUDELA, *La Chanson de la Croisade* (versión francés-provenzal), ed. Eugène MARTIN-CHABOT, Les Belles Lettres, París, 1957-1961, [12] pp. 15-17 (citado en adelante como GTud); *The Occitan War*, pp. 33-35; Christine KECK, “L’entourage de Simon de Montfort pendant la Croisade albigeoise et l’établissement territorial des *crucesignati*”, *La Croisade Albigeoise – Colloque de Carcassonne*, Michel ROQUEBERT (presid.), Carcassonne, CEC, 2002, pp. 135-244. En el caso de Las Navas, véase HHE VIII/[III], p. 310 y [II] pp. 308-309; Arnaud AMAURY, Arzobispo de Narbona, *Carta a Inocencio III*, 11 de agosto de 1212, ed. Martín ALVIRA CABRER, *Pedro II*, tomo III, pp. 1403-1408 (citado en adelante como *Carta del Arzobispo de Narbona*); *Las Navas de Tolosa*, pp. 202-210 (especialmente pp. 207-210) y 218-224; Carlos VARA THORBECK, *El lunes de Las Navas*, pp. 76-172.

39. *The Occitan War*, pp. 34-35; GTud [13] p. 17; Martín ALVIRA CABRER, “Aspects militaires...”, pp. 62-63; HHE VIII/[II] p. 309.

40. HHE VIII/[II] p. 309; Lucas de TUY, *Crónica de España*, p. 412; *La batalla*, pp. 76-78.

41. *The Occitan War*, p. 30-33; *The Occitan War*, p 30; Martín ALVIRA CABRER, “Aspects militaires...”, p. 64; Martín ALVIRA CABRER, *Muret 1213*, p. 36.

balleros pesadamente armados y de unos 8.000 peones con lo que, en total, contaría con unos 12.000 hombres⁴².

Estos tres datos (tipología de tropas, orígenes sociales y geográficos y efectivos) nos dan ciertas pistas sobre la percepción de ambos conflictos que tenían sus participantes. Para Alfonso VIII, la cruzada de Las Navas era un episodio más de la larga labor reconquistadora, y como tal, en ella intervenían todos los mecanismos regios de convocatoria de tropas. La predicación de la cruzada tuvo su máxima utilidad en ejercer un efecto de llamada de tropas extranjeras y de los otros reinos peninsulares, además de permitirle cubrir sus espaldas del monarca leonés. Por el contrario, la negativa de Felipe Augusto de Francia en involucrarse en la campaña occitana hizo que el papado tuviese que recurrir a mecanismos más tradicionales de convocatoria de tropas, basados en los lazos feudo-vasalláticos, y que incluyan una gran masa de humildes cruzados. Por otro lado, la cruzada interesaba especialmente a miembros de la pequeña nobleza, debido tanto a los beneficios materiales que conllevaba como por los privilegios de los que se beneficiaban los cruzados, y todo ello con unos costes relativamente bajos, puesto que la mayoría provenían del *Regnum Francorum* y no tenían que desplazarse a Oriente⁴³; aunque por supuesto, no fueron estos los únicos participantes nobles, puesto que varios grandes señores participaron con ellos en distintos momentos. Sin embargo, las cifras muestran que la cruzada seguía teniendo un importante efecto de llamada aun cuando no era dirigida hacia el este.

4. ASEDIOS Y RENDICIONES: LA CLAVE DEL DOMINIO DEL ESPACIO

Las operaciones béticas que se desarrollaron en el Languedoc entre 1209 y verano de 1213 fueron principalmente asedios⁴⁴. En la campaña previa al choque entre almohades y cruzados en la Península, las operaciones militares se redujeron del mismo modo a cercos⁴⁵, sin que hubiera ningún tipo de escaramuza o enfrentamiento mayor, aunque su número, de resultas de la brevedad de la campaña, fue mucho más reducido. Sin embargo, una gran cantidad de poblaciones y de *castra* se entregó a Montfort por voluntad propia, muchas veces sin sufrir ningún tipo de daño; mientras que un número aún mayor de poblaciones

42. *Las Navas de Tolosa*, pp. 486-491 (especialmente p. 489); Ambrosio HUICI MIRANDA, *Las grandes batallas*, pp. 270-271; *La batalla*, pp. 82-83; Carlos VARA THORBECK, *El lunes de Las Navas*, pp. 347-354.

43. Christine KECK, “L’entourage de Simon de Montfort...”, pp. 236-238; *The Occitan War*, pp. 56-57 subraya la ambición de Simón de Montfort.

44. De hecho, en todo aquel periodo sólo hubo dos enfrentamientos campales: el de Montgey en 1211 (PVC [218] p.90; GTud [69] pp. 81-83) y Saint-Martin-La-Lande (también conocido como Castelnau-dary; PVC, pp. 104-113); ambos de carácter circunstancial y reducido.

45. Carlos VARA THORBECK, *El lunes de Las Navas*, pp. 273-294.

y enclaves defensivos fueron simplemente abandonados ante la proximidad del invasor y ocupados sin resistencia. Un comportamiento similar se produce en la Península, donde prácticamente todos los castillos negociaron y se rindieron de manera pacífica. Por tanto se puede apreciar que el enfrentamiento bélico, aun cuando se trataba de un sitio, no era la primera opción adoptada por ninguno de los dos bandos. Incluso cuando se decantaban por esta vía, muchas veces los asedios concluían con una negociación entre ambas partes, siendo los grandes derramamientos de sangre algo excepcional; sobre ello trataremos en el siguiente apartado.

En suma, ambas campañas previas a las batallas consistieron en sitios en su aspecto militar, aunque muchas veces no fue necesario recurrir a la fuerza para hacerse con el control de las fortalezas. El tipo de guerra que tuvo lugar en el Languedoc, cuyo principio era la ocupación sistemática de los puntos fuertes, generó un conflicto que se prolongó durante años. Esto nos indica claramente qué era lo que pretendían Montfort y los suyos, y a lo que en última instancia había hecho referencia Inocencio III: el dominio del territorio, y no tanto el exterminio de los herejes. Se trataba sobre todo de eliminar a aquellos poderes que no se doblegasen ante la cruzada y de reemplazarlos por otros fieles a la Sede Apostólica y a los *milites christi*⁴⁶. Resulta desde luego muy significativo que a lo largo de estos años (y de hecho durante el resto de la cruzada) sólo se erigieran cinco piras de herejes⁴⁷, y que se obviase su presencia en muchos lugares donde podía resultar evidente⁴⁸. En el caso de Las Navas, el predominio de las negociaciones a la hora de rendir las fortalezas nos da la pista a seguir: no se buscaba eliminar al musulmán, sino ocupar puntos clave en la vía de Toledo hacia el sur que permitieran tanto asegurarse una vía de escape como retomar el control de La Mancha⁴⁹. De hecho, el objetivo de la campaña de Las Navas y de la “reconquista” en sí no suponía el exterminio sistemático de los islamitas, sino la expansión territorial a su costa, contexto en el que la supervivencia de

46. Luis GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, *Papado, Cruzadas y Órdenes Militares*, p. 257.

47. Las cinco quemas de herejes se produjeron en Quercy durante el verano de 1209 (GTud [14] p. 19); en Béziers en 1209 (aunque fuera resultado de la destrucción de la ciudad, los cruzados dejaron patente su voluntad de acabar con los herejes: PVC [89] p. 41); en Minerve en 1210 (GTud [49] p. 57 y PVC [156] pp. 66-67); en Les Cassès en 1211 (GTud [84] p. 97 y PVC [233] pp. 96-97) y en Lavaur también ese mismo año (PVC [227] p. 94).

48. Muy significativos son los casos de Narbona y Nîmes, como señala Elaine GRAHAM-LEIGH, *The Southern French Nobility*, pp. 51-54.

49. Se nos dice en las fuentes que varias de las fortalezas tomadas fueron guarneidas con cristianos y con miembros de las Órdenes Militares, quienes habían sido los encargados de la defensa de aquellas zonas hasta su pérdida a manos almohades (*Carta de Alfonso VIII*, p. 261; HHE VIII/[VI] p. 314).

la población musulmana era de una vital importancia socioeconómica para los reyes cristianos⁵⁰.

5. EL ENEMIGO DERROTADO: PSICOLOGÍA, FANATISMO Y MENTALIDAD

El estudio del trato recibido por los enemigos de la cruzada puede aportar datos de interés. Encontramos ejemplos de excesos en ambas campañas, pero las causas y los objetivos a las que obedecían son lo que realmente nos interesa⁵¹. Para el caso albigense, se ha argumentado que entre franceses del norte y occitanos existían abismales diferencias y una viva animosidad, aunque dichas afirmaciones han sido matizadas⁵². En el caso peninsular, un motivo frecuente en la historiografía es el de la animosidad entre cristianos y musulmanes⁵³, que sería mucho más marcada en el caso de los ultramontanos. Se ha dicho asimismo que los episodios más sanguinarios podían obedecer a razones de índole religiosa, como el fanatismo de algunos cruzados, especialmente los más pobres, como sucedió en Béziers⁵⁴; o en Malagón⁵⁵ para el caso peninsular.

Opinamos, sin embargo, que tal vez debería matizarse dicha exacerbación religiosa. En Béziers, por retomar el ejemplo ya mencionado, dicha masacre había sido acordada por los líderes cruzados⁵⁶ y podía inscribirse dentro de una política de terror fríamente calculada, consistente en asentar un primer golpe demoledor y desmoralizador para que el enemigo se rindiera desde el principio.

50. Francisco GARCÍA FITZ, “¿*De exterinandis sarracenis?* El trato al enemigo musulmán en el reino de Castilla-León durante la plena Edad Media”, *El cuerpo derrotado: Cómo trataban musulmanes y cristianos a los enemigos vencidos (Península Ibérica, ss. VIII-XIII)*, Maribel FIERRO y Francisco GARCÍA FITZ (eds.), Madrid, Estudios Árabes e Islámicos - Monografías, CSIC, 2008, pp. 120-124 y 161-165.

51. Sobre el tema del trato a los rebeldes y los herejes vencidos, véanse las aportaciones de Martín ALVIRA CABRER, “Rebeldes y herejes vencidos en las fuentes cronísticas hispanas (siglos XI-XIII)”, *El cuerpo derrotado: Cómo trataban musulmanes y cristianos a los enemigos vencidos (Península Ibérica, ss. VIII-XIII)*, Maribel FIERRO y Francisco GARCÍA FITZ (eds.), Estudios Árabes e Islámicos - Monografías, CSIC, Madrid, 2008, pp. 209-256, especialmente pp. 241-249; y Francisco GARCÍA FITZ, “¿*De exterinandis sarracenis?*...”, pp. 120-124.

52. Martín ALVIRA CABRER, *Guerra e Ideología*, pp. 701-702.

53. Francisco GARCÍA FITZ, “¿*De exterinandis sarracenis?*...”, pp. 120-124.

54. Sobre esta motivación, resulta significativo el episodio de Béziers, estudiado en L’Épopée I, pp. 254-265; Jacques BERLIOZ, “*Tuez-les tous, Dieu reconnaîtra les siens*”. *Le massacre de Béziers (22 juillet 1209) et la croisade des Albigeois vus par Césaire de Heisterbach*, Loubatières, Portet-sur-Garonne, 1994, especialmente pp. 64-66; *The Occitan War*, pp. 40-45. Algunas fuentes atribuyen la masacre a los ribauds (PVC [90] p. 41; GTud [20] pp. 25-27), con lo que podría atribuirse la carnicería al fanatismo de estos cruzados más humildes, tal y como sucedió con el mismo tipo de gente durante la primera Cruzada.

55. *Carta del Arzobispo de Narbona*, p. 1404; Abû Muhammad ‘ABD AL-WÂHID AL-MARRÂKUSÎ, *Kitâb al-mu'yib...*, pp. 2051-2052, p. 2052.

56. PVC [89] p. 41.

pio sin presentar batalla⁵⁷. El caso de Malagón, por su parte, podría seguir las mismas pautas de dicha “política del terror”, además de responder a las ansias del combate esperado⁵⁸, teniendo que ser matizado el fanatismo ultramontano por el que tantas veces ha abogado la historiografía. Pues no deja de ser sorprendente que, tras este episodio, los supuestamente exacerbados cruzados ultrapirenaicos abandonaran en masa la campaña sin que se hubiera llegado a producir el choque campal para el que habían sido convocados. No encaja bien, a nuestro parecer, que guerreros tan ideologizados dieran media vuelta ya fuera por las condiciones climáticas o por las posibles desavenencias con los castellanos en lo referente al trato a los musulmanes⁵⁹. Esto señala que el grado de fanatización de los ultramontanos posiblemente no fuera tan alto como se ha supuesto en ocasiones⁶⁰.

Por mucho que la destrucción de la herejía o del Islam fueran la “causa oficial” que justificaba el recurso a las armas, no ha de olvidarse toda la intencionalidad política, más o menos explícita, que subyacía tras las proclamaciones de ambas cruzadas. En este sentido, cabe reivindicar el papel que jugaron la política y la diplomacia en sendas campañas. En el Midi, tras los primeros episodios violentos que dieron como resultado el dominio de las tierras de Trencavel, habría que preguntarse qué habría ocurrido si los señores occitanos no se hubieran rebelado, pues la mayoría de las acciones bélicas que se desarrollaron en los años posteriores a 1209 tuvieron como objetivo sofocar las disidencias políticas y someter de manera efectiva a los núcleos rebeldes... pero no la eliminación efectiva de los cátaros⁶¹. De hecho, el propio Inocencio III llegó a recomendar

57. Véase también Martín ALVIRA CABRER, “«Matadlos a todos...» Terror y miedo en la Cruzada contra los Albigenses”, *Por política, terror social*, XV curs d'estiu Comtat d'Urgell, Floçel SABATÉ Y CURULL (ed.), Lleida, Pagès Editors, 2013, pp. 117-135, especialmente pp. 118-119. Generalmente, tras golpes de este calado se producían rendiciones inmediatas o, cuando menos, huidas de la población de los *castra* cercanos.

58. Francisco GARCÍA FITZ, “*¿De exterminandis sarracenis?...*”, p. 120.

59. Aubry des TROIS FONTAINES, Crónica, pp. 1988; Francisco GARCÍA FITZ, “*¿De exterminandis sarracenis?...*”, pp. 120-124.

60. Esto no quita que la distinta percepción del enemigo musulmán por parte de ultramontanos y peninsulares pudiera generar malestar y tensiones que quizás tuvieran su peso en el abandono de la campaña; ahora bien, un combatiente ideologizado y fanatizado no habría abandonado una cruzada sin haber cumplido su “tarea” (véase *Las Navas de Tolosa*, pp. 221-223). Podría mencionarse además la posible idea de Alfonso VIII de desviar la cruzada para dirigirla contra el rey leonés, que sería una prueba más de la poca sacralización que le concedían sus participantes a dicha empresa (véase Berenguela, Reina de León y Galicia, *Carta a su hermana Blanca de Castilla*, ed. Martín ALVIRA CABRER, *Pedro II*, tomo III, pp. 1408-1409).

61. Recordemos que las quemas de herejes fueron escasas y muy puntuales, y que se produjeron en lugares que habían resistido encarnadamente un asedio; pero en general, no se oye hablar de piras en aquellos lugares que se rendían pacíficamente.

cierta cautela y no causar daños a quienes se rindieran pacíficamente⁶². Por su parte, Alfonso VIII no pretendía llevar a cabo una acción exterminadora contra las poblaciones musulmanas, lo que aparece claramente ilustrado en su voluntad negociadora con las guarniciones musulmanas⁶³.

6. CONCLUSIONES

Ambas empresas cruzadas, muy próximas en el tiempo, muestran similitudes pero también acusadas diferencias. Sus objetivos, que eran similares, y que emplearon la religión como cobertura legitimadora, se buscaron por medios muy distintos, y con mayor o menor éxito a corto y largo plazo. ¿Hasta qué punto es legítimo, habida cuenta de la exposición anterior, hablar de unas cruzadas “desnaturalizadas”? Bien, es evidente que si se considera la Primera Cruzada como un modelo paradigmático o “puro” de este fenómeno, ni la Cruzada Albigense ni la Cruzada de Las Navas fueron cruzadas “puras”, aunque seguían siendo empresas patrocinadas por la Sede Apostólica y que en teoría pretendían reforzar su primacía sobre los “disidentes” que no la aceptaban⁶⁴. En ambos casos la causa religiosa, aunque sin duda tuvo una cierta importancia, no es satisfactoria por sí sola para explicar el desencadenamiento de sendas expediciones militares. Sin duda el papado veía en éstas una útil herramienta con la que imponer su primacía en el sur de Francia así como de reforzarla en los territorios penínsulares. Sin embargo, la presencia papal, por mucho que fuera notable a la hora de proclamar la cruzada, se vio prondo demasiado alejada del conflicto y remplazada por poderes laicos (Simón de Montfort o Alfonso VIII) en la dirección del mismo, poderes que no tuvieron reparos en apartarse de los objetivos pontificios y en pos de una cada vez mayor autonomía⁶⁵.

En esta misma línea, y en ambas campañas, el *negotium fidei* encubrió motivaciones mucho más materiales. La voluntad pontificia de afirmar su preeminencia en el Languedoc pronto se vio superada por la realidad de un territorio en manos de la nobleza francesa septentrional, cada vez más distante del papado,

62. PL 215, col. 1.547.

63. Francisco GARCÍA FITZ, “¿*De exterminandis sarracenis?*...”, pp. 120-124, señala que los hispanos estarían “habituarios a relaciones de todo tipo con los musulmanes, [...] mucho más dispuestos al pacto y a la transacción con el adversario vencido”; aunque también advierte que hay que ser cautos a la hora de afirmar esto.

64. En este sentido, Luis GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, *Papado, Cruzadas y Órdenes Militares*, pp. 239-243, señala que estas expediciones eran “manifestaciones de la pretendida preeminencia romana en el terreno espiritual y temporal”, hecho clave que “dota de unidad a aspectos diversos”.

65. En el caso albigense, la evolución de la cruzada en el decenio siguiente profundizó en este distanciamiento aún más; véase Luis GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, *Papado, Cruzadas y Órdenes Militares*, pp. 259-264.

y que a la larga conllevaría la extensión del dominio Capeto sobre la zona. El catarismo en sí no fue erradicado por la cruzada, sino por la acción posterior de la Inquisición. La cruzada de Las Navas se inscribía en una dinámica “reconquistadora” autónoma del papado. Ciento es que la sanción de la Sede de Pedro era necesaria para la consideración de una empresa bélica como cruzada, y de hecho al papado esto le permitía hacerse más visible en tierras peninsulares. Sin embargo, los reyes mantuvieron en todo momento su protagonismo y la primacía papal *de facto* no se vio incrementada.

Por supuesto, la cruzada, más allá de causas religiosas o políticas, era también una gran fuente de prestigio y un deber para todo buen cristiano, sobre todo si éste pertenecía al estamento de los *bellatores*. Pero sobre todo estos *milites* (y el resto de la sociedad) debían ser buenos vasallos del Señor, y por tanto fieles dependientes en última instancia de la Sede Apostólica, a la que debían por tanto *servitium et auxilium*. Dada la coyuntura en la que se desarrolló la Cruzada albigense la negativa a cooperar hubiera supuesto en muchos casos el castigo con penas similares a las que sufrieron los herejes⁶⁶. Parece que la cruzada, lejos de ser el instrumento último y exclusivo para la afirmación del poder pontificio, era una herramienta muy práctica en manos de aquellos poderes interesados que no tenían reparos en emplearla para lograr sus propios objetivos de expansión política o de prestigio. Sin embargo, una vez más lo recordamos, no es conveniente vaciar de su carga ideológica a sendas empresas, puesto que sin duda la motivación religiosa jugó un papel de considerable importancia en la movilización, que siguió siendo considerable para la época.

Los dos conflictos consistieron principalmente en asedios; aunque un porcentaje muy importante de fortalezas se rindió pacíficamente, mediante la negociación, y fueron muy escasos los episodios sangrientos. Esto indica nuevamente los objetivos políticos de ambas cruzadas: no se trataba de exterminar de forma sistemática al enemigo, sino de anular su capacidad militar y de doblegarlo ante los nuevos poderes políticos, fieles al papado. Y sin embargo, hubo episodios sangrientos; estos han sido explicados por distintos motivos, aunque creemos que debe atenuarse la exacerbación religiosa que se ha atribuido a algunos cruzados. Debido a, por ejemplo, la defeción de gran parte de los ultramontanos en Las Navas y el regreso de muchos nobles con sus tropas tras la toma de Carcassonne. Pues parece evidente que, de haber existido un sincero sentimiento por parte de la mayor parte de los cruzados, o un semejante grado de fanatismo, no habrían tenido lugar ni deserciones ni regresos antes de tiempo. Ciento es que puede arguirse que muchos cruzados, en el caso lengua-

66. Jonathan RILEY-SMITH, *¿Qué fueron las cruzadas?*, pp. 114-115; Luis GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, *Papado, Cruzadas y Órdenes Militares*, pp. 251-254.

dociense, tenían conciencia de que su tarea cruzada había concluido con la ocupación de los dominios de Trencavel y su sustitución por Simón de Montfort, y que regresaron a casa tras haber cumplido con los “requisitos” necesarios para obtener la indulgencia.

En suma, estas dos cruzadas promovidas por un papado en pos de la primacía espiritual y feudal en Occidente fueron dos empresas producto de la realidad política, socio-económica y cultural de los espacios y el tiempo en los que se desarrollaron las campañas. Su desarrollo muestra claramente la cada vez mayor desconexión de los proyectos papales con la voluntad de los poderes seculares, lo que revela el carácter cada vez más laico de la cruzada. Estas campañas pusieron de relieve la diversidad cultural y religiosa del Occidente cristiano, muy lejos de la uniformidad pretendida por Roma, a la par que anunciaban un cambio en la dinámica histórica. Porque no puede obviarse la importante repercusión que a todos los niveles supondría su culminación en las batallas de Las Navas de Tolosa y Muret, constituyendo un punto de inflexión en la historia.